

LOS NUEVOS VECINOS DE CEPEDA



Autor: Thanos

LOS NUEVOS VECINOS DE CEPEDA

A pesar del frío, la nieve y las malas condiciones climatológicas, ese día, por la carretera nacional circulaban más vehículos de los habituales debido a que algunos ciudadanos afortunados ya disfrutaban de sus vacaciones de Navidad.

La pareja de emigrantes permanecía en la gasolinera esperando a que algún conductor se dignara subirlos al coche para llevarlos a la ciudad. Había transcurrido más de una hora cuando se acercaron a Ramón, un ganadero de la zona, el cual se encontraba llenando el depósito de su todoterreno.

---- Por favor señor: ¿Nos podría llevar a la ciudad?

Preguntaron con mucha timidez y poca convicción.

---- ¡Pues claro hombre! Yo voy en esa dirección, subid al coche que os llevo.

En el trayecto, Ramón no pudo reprimir su curiosidad. El color negro de los chicos delataba su procedencia africana, aun así pregunto:

---- ¿De dónde sois?

---- De Guinea.

Levaban muy poco tiempo en España y su castellano era pobre y escaso, por eso la conversación consistía en preguntas sueltas y respuestas escuetas, a pesar de lo cual, Ramón pudo deducir que, las malas condiciones, el hambre y la miseria con que vivían en su país de origen los había obligado a emigrar a un país extraño con la intención de mejorar sus condiciones de vida.

Cuando el coche llegó a la altura de la fonda de S. Teresa una extraña sensación invadió a la joven pareja y ambos, movidos por un impulso común, después de mirarse fijamente gritaron al unísono:

---- ¡Pare! Nos quedamos aquí.

Ramón se sorprendió mucho. Hizo varios intentos para hacerlos desistir de su empeño, pero resulto inútil. Finalmente dijo con resignación.

---- ¡Bueno! Si es eso lo que queréis....

A un lado una casa rural deshabitada, al otro lado un edificio en ruinas, a dos kilómetros según anunciaba el cartel, un pueblo llamado Cepeda de la Mora. Aprovechando las últimas luces del día, se dirigieron hacia él.

---- ¡Vamos, Mariah! Acelera el paso que se esta haciendo de noche.

---- Ya lo hago, pero en mi estado no puedo ir más deprisa.

La respiración agitada de Mariah daba muestras de su cansancio, y los gestos de su rostro manifestaban los dolores que estaba experimentando.

Cuando llegaron al altiplano y observaron la panorámica general del pueblo, ambos pensaron que su destino estaba ligado con aquel lugar.

Una vez llegados al río de abajo ya era totalmente de noche, sobre el esqueleto de los árboles, el viento silbaba como una serpiente amenazada, la ventisca cegaba la vista y no permitía levantar la cabeza, la nieve se amontonaba en forma de remolinos sobre las cornisas de los tejados y los cruces de las calles, el río helado daba muestra del intenso frío que esa noche hacía, era una noche infernal era "una noche de perros".

La joven pareja siguió caminando por la carretera sin un destino fijo al que dirigirse. El sonido de las campanas del reloj del ayuntamiento les condujo a la plaza, y allí, debajo del porche pararon un momento para descansar y ordenar sus ideas. Los dolores que Mariah experimentaba, eran cada vez más fuertes e intensos, el momento de dar a luz estaba cada vez más próximo,

cada minuto que pasaba la situación era más complicada y era necesario tomar una decisión urgente, por eso Jaommid sugirió de modo poco convincente y en tono de humor para tratar de hacer más llevadera la situación:

---- Podíamos quedarnos aquí, así estamos más cerca del registro para poder empadronar a nuestro hijo y al mismo tiempo nos empadronamos también nosotros.

A lo cual respondió Mariah haciendo un esfuerzo por parecer simpática y tratar de estar a la altura de las circunstancias:

---- Será mejor que busquemos otro sitio más acogedor.

Continuaron caminando por las calles del pueblo tratando de encontrar un sitio donde protegerse del frío. En el trayecto no encontraron una persona con quién hablar ni a quién preguntar, experimentando la sensación de haber llegado a un pueblo deshabitado y sin vida a no ser por la iluminación pública de las calles, el olor a humo que desprendían algunas chimeneas y la luz que se escapaba por alguna contraventana mal ajustada. El silencio de la noche era interrumpido en ocasiones por el ladrido de algún perro malhumorado. Pronto encontraron un cobertizo protegido de la ventisca y para ampararse del frío de la noche, Jahommid, encendió fuego con unas ramas de piorno y leña seca y acondicionó la estancia lo mejor que pudo para que Mariah pudiera dar a luz en las mejores condiciones posibles.

En los pueblos, siempre hay unos ojos que ven y unos oídos que escuchan y cuando un acontecimiento de estas características perturba la monotonía cotidiana de sus vecinos, su importancia se magnifica. Por eso a la mañana siguiente prácticamente todo el pueblo tenía conocimiento de este hecho. En la calle, en la plaza, en el bar, el comentario general era que una pareja de negros había tenido un hijo en el tinao del tío Anselmo.

Cuando Petra, la tía Petra, como era conocida familiarmente tuvo conocimiento de este hecho, quiso ir a visitarlos lo antes posible con la idea de poder llevar a cabo lo que su mente había estado maquinando durante tanto tiempo. Petra, quedó viuda a poco de casarse; esta condición la había obligado a ser una mujer muy comedida y recatada, con lo cual se había ganado el respeto y el cariño de todos los vecinos, pero también la había privado de una de sus mayores ilusiones como era tener un hijo y ahora se presentaba la ocasión de adoptar no sólo a un hijo sino a toda una familia. Vivía de una exigua pensión que le había quedado de su marido y de lo poco que le daban por las fincas y pastos que tenía en arrendamiento. Se puso el pañuelo sobre la cabeza, se echó el abrigo sobre los hombros y con las zapatillas de andar por casa salió precipitadamente hacia el tinao del tío Anselmo.

Dió los buenos días sin esperar respuesta y a empujones y codazos apartó a los curiosos y curiosas que se habían acercado al lugar coincidiendo con la salida de misa.

---- ¿Puedo? Preguntó la tía Petra a modo de suplica.

Mariah, asintió moviendo la cabeza afirmativamente

La tía Petra cogió al bebe como si de su hijo se tratara, le estrujó contra su pecho y le llenó de besos hasta hacerle llorar. Sin soltar a la criatura, tendió la mano a Mariah para ayudarla a levantarse al tiempo que la decía:

---- Acompáñame, te vienes conmigo a mi casa.

Después dirigiéndose a Jahommid le dijo:

---- Recoge las cosas y síguenos.

Una vez en casa, echó un tronco de leña a la chimenea para avivar el fuego y procuró el mejor acomodo para sus nuevos inquilinos. Comieron hasta quedar saciados y después de que Mariah diera el pecho al niño, los tres se quedaron dormidos al amor de la lumbre.

La tía Petra aprovechó esta circunstancia para preparar una habitación, abrió los armarios, los baúles, las ventanas y puso a ventilar mantas, sábanas y otros objetos para quitarlos el olor a naftalina y alcanfor.

Jahommid, era una persona muy habilidosa y pronto aprendió las funciones de agricultor y ganadero de modo que en la primavera del siguiente año, empezó a cultivar los huertos, preparar los prados e incluso compró algunas vacas para cubrir los pastos de las dehesas.

Como eran unas personas trabajadoras y honradas, pronto fueron aceptados en el pueblo por todos los vecinos.

Seudónimo: Thanos